

FRANCISCO VILLAESPESA

7

PANDERETAS SEVILLANAS



TIERRA DE ENCANTO Y MARAVILLA

EDITORIAL-AMÉRICA

MARTIN DE LOS HEROS, 83
MADRID



XLII

306



PANDERETAS SEVILLANAS

**

TIERRA DE ENCANTO Y MARAVILLA

C. 1920

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

- IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.—Precio: 3 pesetas.
- V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clio*.—Precio: 3,50 pesetas.
- VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana*.—Precio: 3,50 pesetas.
- VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire*. (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)—Precio: 4,50 pesetas.
- VIII.—E. GÓMEZ CARRILLO: *Tierras mártires*.—Precio: 3 pesetas.
- IX.—MANUEL MACHADO: *Sevilla y otros poemas*.—Precio: 2,50 pesetas.
- X.—EMILIO CASTELAR: *Vida de Lord Byron*.—Precio: 3 pesetas.
- XI.—R. CANSINOS ASSENS: *Poetas y prosistas del novecientos*. (España y América) —Precio: 4 pesetas.
- XII.—R. BLANCO-FOMBONA: *Pequeña Opera lírica*.—*Trovadores y Trovas*.—Precio: 3,50 pesetas.
- XIII.—RAFAEL LASO DE LA VEGA.—*El corazón iluminado y Otros poemas*.—Precio: 3,50 pesetas.
- XIV.—JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS: *Paisajes y cosas de Castilla*.—Precio: 3,50 pesetas.
- XV.—EMILIO CASTELAR: *Recuerdos de Italia*.—Precio: 4 pesetas.
- XVI.—PEDRO DE RÉPIDE: *La lámpara de la fama*.—Precio: 3,50 pesetas.
- XVII.—R. CANSINOS-ASSENS: *Salomé en la literatura*.—Precio: 4 pesetas.
- XVIII.—JOSÉ CAMINO NESSI: *Hogueras en la noche*.
- XIX.—J. DELEYTO Y PEÑUELA: *Lecturas americanas*.—Precio: 3,50 pesetas.
- XX.—R. GÓMEZ DE L. SERNA: *El Drama del Palacio deshabitado*.—Precio: 5,15 pesetas.
- XXI.—FRANCISCO VILLAESPESA: *Panderetas sevillanas*.—*Tierra de encanto y maravilla*. (Dos obras en un volumen).

R 224897



FRANCISCO VILLAESPESA

630/7

PANDERETAS SEVILLANAS



TIERRA DE ENCANTO Y MARAVILLA

EDITORIAL-AMÉRICA

MARTIN DE LOS HEROS, 83.

MADRID

FRANCISCO VALLABRERA

88

FRANCISCO VALLABRERA

88

PANDERETAS SEVILLANAS



ALMA SEVILLANA

MÁS que lo pintoresco de tu atavío
y las rosas que sangran sobre tu pelo
perlando tus tinieblas con su rocío,
amo tu alma suave de terciopelo,

 harmoniosa y ligera como tu río
y clara y transparente como tu cielo,
que arde en las luminosas tardes de estío
con la gracia dorada de un asfodelo.

Aprendí a conocerte y amar tu nombre,
lo mismo como artista que como hombre,
en los labios fragantes de una andaluza,

—de todos mis naufragios seguro puerto—
cuyo recuerdo, a veces, mi vida cruza
como un soplo de brisa por un desierto.

LA CIUDAD DE ORO

I

LAS GUITARRAS

A Diego Carrasco.

AÑORANTES guitarras de Andalucía,
cuando en tierras remotas vuestro sonido
recama, en las nostalgias de nuestro oído,
arabescos de ensueños y de armonía,

calenturienta vuela la fantasía,
buscando en el marmóreo patio florido
el surtidor que en perlas adormecido
los claveles escarcha de pedrería.

Como en un rompimiento de luz y gloria,
ilumina Sevilla nuestra memoria,
y en su cielo radiante de primavera

se esculpe la silueta de la Giralda,
en una apoteosis de rojo y gualda,
como si la envolviese nuestra bandera...

A Diego Carrasco

II

TORRE DEL ORO

A Manuel Puga y Acal.

ATALAYA que escrutas la lontananza,
embrazado el escudo y el ojo alerta;
genízaro de piedra que con tu lanza
del harén de Sevilla guardas la puerta...

La Cruz era enemiga de tu pujanza,
mas en una mañana, de sol cubierta,
te bautizó la Virgen de la Esperanza,
y a la huri de tus sueños lloraste muerta...

Con tu atabal le diste la despedida
al errante proscripto que no te olvida
y aun en Africa sueña con tus riberas...

¡Y con un clarinazo grave y profundo
saludaste el arribo de las galeras
que a España le trajeron un Nuevo Mundo!...

III

LA GIRALDA

A Abel Salazar.

CINERÓN los califas tu testa bruna
con su verde turbante de pedrería,
en cuya primavera la Media Luna
como un joyel de oro resplandecía.

Alarife de Arabia labró tu cuna,
y aunque eres española, cristiana y pía,
siempre mira al Oriente tu alma moruna
cuando sus oraciones al cielo envía.

Como esclava en su templo, noble sultana,
de la Cruz te encerraron los paladines,
y humillada a sus plantas llorar te han visto...

Mas yo sé que al tañido de la campana
añoras la voz santa de los muezzines,
y, pensando en Mahoma, rezas a Cristo...

IV

WUAD-EL-KEBIR

A Melchor Vera.

EN el glorioso ensueño de tus cristales
reflejaste la pompa de los Califas,
y en tus ondas las Aixas y las Jarifas
lustraron sus desnudos broncez triunfales.

Por praderas que esmaltan áureos trigales
en perlas y en zafiros tus aguas rifas,
y extienden, a tu paso, sus alcatifas
de terciopelo y seda los naranjales.

Desgranando casidas cruzas el llano
y ruges cuando llegas al Océano,
igual que si vertieses amargo lloro,

por no ver en tu seno verde esmeralda,
junto a su rubia hermana Torre del Oro
la desnudez morena de la Giralda...

VI

VILLAESPEA

A Melchor Vera

V

SAN TELMO

A Tomás G. Perrin.

EN la gloria de un cielo siempre azulado,
como sobre el esmalte de una turquesa,
te alzas majestuoso, joyel labrado
para los desposorios de una princesa...

Una vieja leyenda de amor finado
en tus regios jardines suspira presa,
y al recordarla, el Betis, emocionado,
con sus claros zafiros tus flores besa...

¡Palacio de San Telmo!... Tus capiteles,
con estrofas de nardos y de claveles,
un poema de amores guardan impreso;

y te adora Sevilla, porque conoce
que oyeron tus cancelas el primer beso
de la Reina Mercedes y Alfonso doce...

VI

TRIANA

A Juan B. Delgado.

EL calañés alternas con el turbante,
porque a la par te sientes moro y cristiano...
español de abolengo, por lo constante,
y celoso lo mismo que un africano...

Florido de claveles, de sol radiante,
eres para Sevilla, barrio gitano,
lo que son las pupilas para el semblante
y los cinco deditos para la mano...

¡Palomita de nieve, si ardes de amores,
al barrio de Triana dirige el vuelo,
párate en cualquier reja llena de flores,

que a ese barrio, en mujeres, nadie le gana...
¡Las vírgenes más bellas que hay en el cielo,
Santa Justa y Rufina, son de Triana...

VII

LAS DELICIAS

A D. Eduardo Colln.

TARDES de las Delicias!... Lindo paraje,
edén de mis ensueños de adolescente...
La mirada furtiva junto a la fuente
y el apretón de manos entre el ramaje...

En su frescor lozano tiene el paisaje
algo de un femenino seno incipiente...
Amor alisa bucles sobre mi frente
y adorna su corpiño como un encaje...

La tarde glorifica las atarjeas...
Palomares de oro son las campanas...
¡Jardín de las Delicias, bendito seas,

porque de tus rosales entre las flores,
cortan, para su pecho, las sevillanas
los primeros capullos de sus amores!...



SEMANA SANTA

I

LA SAETA

A Luis Valdés.

BAJO la clara comba del firmamento,
más azul que los cielos de Palestina,
la procesión del Jueves Santo camina,
ondulando en las calles con paso lento.

Sobre la sien de un Cristo pára el momento
su vuelo fugitivo la golondrina.
Redoblan los tambores, a la sordina,
y el oro de los cirios tiembla en el viento.

Un treno funerario solloza el coro...
La matraca su ronco gemir acalla...
La multitud, medrosa, se oprime inquieta...

Y en el azul del cielo bordado en oro,
cual cohete de angustia, de pronto estalla
la voz desgarradora de una saeta.

II

LA SOLEDAD

A Victor M. Castro.

BUSCANDO a Jesucristo marcha María
recorriendo la calle de la Amargura...
La palidez del rostro suda agonía
y la sangre enrojece su vestidura .

La piedad de los cielos su luz le envía
y lloran las estrellas su desventura...
Filas de encapuchados cruzan la vía,
y en los muros proyectan su sombra oscura .

Un dolor infinito la noche llena,
fúnebres misereres rezonga el viento,
de angustia palidecen los cirios flavos

y un lúgubre y doliente tambor resuena...
¡Y evoca su redoble, pausado y lento,
los golpes del martillo sobre los clavos!...

III

EL CRISTO DEL MONTAÑÉS

A Cruz Garcia Rojas.

DEL Montañés el Cristo solemne avanza,
y a su paso la tierra tiembla de espanto;
la saeta en aullidos trueca su canto
y un relámpago incendia la lontananza...

En el pecho sentimos entrar la lanza
y a todas las pupilas se agolpa el llanto,
porque sobre la angustia del leño santo
crucificada lleva nuestra esperanza...

Tal martirio en la sacra faz palidece,
y el duelo de sus ojos es tan profundo
que amargura tan grande jamás se ha visto...

Hasta el cielo se nubla, porque parece
que todo el infinito dolor del mundo
sangra en la lanceada carne de Cristo...

IV

EL CACHORRO

A Diógenes Ferrand.

CRUJES por arrancarte del leño santo,
Cristo de bronce y llamas, humo y ceniza...
Lloran sangre tus ojos en vez de llanto
y el negror de tu greña nos horroriza.

La expresión formidable de tu quebranto
en vez de conmovernos, nos martiriza;
la angustia de tu rostro ciega de espanto
y el sudor de tus sienes el vello eriza...

El artista, que ardiente de santo celo
ha tallado tu imagen en la madera,
quizás bajo el influjo de un maleficio

antes crucificara, como modelo,
a un gitano escapado de una galera
o de los calabozos del Santo Oficio...

V

LA VIRGEN DE LA SERVILLETÁ

A Gonzalo de Murga.

EN la euritmia divina de cada trazo
un celeste optimismo de amor impera,
y el alma de la carne desata el lazo
y remonta sus alas hacia otra esfera.

De la Virgen morena sobre el regazo,
en una apoteosis de Primavera,
el Niño Dios, risueño, nos tiende el brazo
como si nuestro cuello ceñir quisiera,

para con las palabras mudas del Arte,
decir a nuestro oído: ¡Ten fe y confía!...
Sé siempre generoso, puro y sencillo,

mientras sepas que existen, para alegrarte,
una madre, en el cielo, como la mía
y un pintor, en la tierra, como Murillo...

ALMA POPULAR

I

LA PETENERA

A Isidro Fabela.

¡QUE la Virgen del Carmen paz le conceda!...
De su lírica historia nada se sabe...
¡Vivió y murió cantando, tal como un ave
escondida en las flores de la Alameda!...

Su vida fué suave, como de seda,
y fué su misma muerte también suave...
De todos sus secretos tiró la llave
¡y tan sólo una copla de ella nos queda!...

Apagados los grandes ojos de fuego,
tan pálido el semblante como la cera,
murió la Petenera de mal de amores...

Y al son de su guitarra, solloza un ciego:
—¡Desde que ya no canta la Petenera
los patios de Sevilla no tienen flores!...

II

EL VELORIO

A Alejandro Quijano.

LA piedad de los lirios su cuerpo enflora,
corona de azucenas ciñe su pelo,
y algún cándido cirio se inclina y llora
sobre la blanca caja de terciopelo.

—¡Era un ángel!—gimiendo, la madre aflora---...
Voces de seda enjugan su desconsuelo...
¡Y, entre coplas y danzas, hasta la aurora
se festeja al qu erube que voló al cielo!...

A los dulces compases de las vihuelas
riman locos repiques las castañuelas,
y alguna milagrosa boca florida

en una copla todas sus mieles vierte,
y a sus alegres sonos, junto a la Muerte,
voluptuosamente danza la Vida...

III

LA HERRERÍA

A Luis Manuel Rojas.

SE encasulla de oro la Macarena
a las últimas luces que esmalta el día,
mientras en la florida calle resuena
el estruendo sonoro de la herrería.

Un resplandor de incendio los aires llena;
se empenacha de humo la lejanía
y bordan las cenizas sobre la arena
fugitivos encajes de pedrería.

Y el herrero, animoso, canta en su encierro,
remachando eslabones de una cadena
a la luz que la fragua rojiza vierte:

—¡El yunque y el martillo rompen el hierro,
pero en cambio el cariño de mi morena
a los golpes que lleva se hace más fuerte!...

IV

PASTORA IMPERIO

A Eduardo Gómez Haro.

Tienes de la Giralda la gentileza,
de la Torre del Oro la bizarría,
y el sol que tuesta el trigo de Andalucía
hizo moreno el mármol de tu belleza.

La Puerta de la Carne te dió majeza,
Triana puso en tu alma su alma bravia
y el Alcázar la regia melancolía
de una Arabia de ensueños y de tristezas...

Cuando danzas, creando nuevos hechizos,
y palideces bajo tus negros rizos
y de tus grandes ojos en el misterio,

la esmeralda de Egipto más clara brilla,
no eres tú la que danzas..., danza Sevilla,
pues Sevilla se llama Pastora Imperio...

V

EL PATIO SEVILLANO

A César Campesino.

TRAS el cancel labrado de herrajes viejos,
el patio sevillano, lleno de flores
que decoran y esmaltan los azulejos
y alegran y perfuman los surtidores.

Todo tiene un remoto verdor de espejos
que idealiza las formas y los colores,
y hasta el sol, al besarlo, da a sus reflejos
languideces de ojos ensoñadores.

¡Patio de los idilios bajo la luna,
donde hasta las palabras adquieren una
suavidad olorosa de terciopelos!...

¡Horas de atrevimientos y de sonrojos
en que el Amor, a veces, tiene en los ojos
estrellitas de plata, como los cielos!

VI

CARMEN, LA CIGARRERA

A Jesús Villalpando

ACECHANDO, a la sombra de sus pestañas,
sus pupilas oscuras y sensuales,
rápidas y traidoras, como puñales,
se hunden en lo más hondo de las entrañas.

Por culpa de sus odios y de sus sañas
los presidios se pueblan de criminales
y atruenan los trabucos en los jarales
que coronan las crestas de las montañas...

¡Perlas negras, que encierran en sus orientes
todo el mortal veneno de las serpientes!...

¡Por besar esos ojos me hice asesino,

y en sus viejas mazmorras Ceuta me esperal...
¡Ay de ti, si te encuentras en tu camino
las pupilas de Carmen, la cigarreral...

FERIAS

I

LA MANZANILLA

A Roberto Núñez y Domín.

VINO de los amores y la alegría,
fragante de claveles, de sol dorado,
que morenas huríes han vendimiado
en las viñas de oro de Andalucía...

Las guitarras te ofrendan su melodía
a la sombra florida del emparrado;
en toneles de besos te han cosechado
y te escancian en vasos de pedrería...

Nuestra carne llamea como claveles
y el alma paraísos de encanto cruza,
que al gustar las fragancias que hay en tus mieles

parece que bebemos, en cada caña,
en los labios de fuego de una andaluza
todo el oro fragante del sol de España...

II

LAS CASETAS

A Gregorio ? Gallego.

BAJO el toldo florido de las casetas
andaluzas, morenas como gitanas,
tocadas con mantillas y con peinetas
bailan alegremente las sevillanas.

Se vuelven, cadenciosas, como veletas;
se enlazan y confunden como lianas,
y en un suspiro, a veces, se quedan quietas
con la oriental molicie de las sultanas.

Arqueando los brazos, rápidas giran;
con ritmo de palmares se balancean;
fosforece en sus ojos extraño brillo,

y mientras las guitarras de amor suspiran,
en las trémulas manos repiquetean
sonoras castañuelas de granadillo...

III

LA VENTA ERITAÑA

A Balbino Gallego.

JARDINES encantados y cenadores
de la venta Eritaña, ¿quién en Sevilla
no se embriagó de amores y manzanilla
aspirando el veneno de vuestras flores?...

Bordan en sus guitarras los tocadores,
como rítmico encaje, la seguidilla,
y entre los arabescos de la mantilla
los ojos encelados hablan de amores.

Repican castañuelas, vibran cantares;
deshoja el plenilunio sus azahares,
y a suspiros y a mieles saben las brisas...

Y así, bajo el encanto de la floresta,
entre cantos y copas, besos y risas,
hasta que azula el día sigue la fiestal...

IV

LA REJA

A Francisco Ballina.

CUAJADA de claveles y de azahares,
de nardos, de jazmines y hierbaluisas,
las rejas andaluzas son como altares
donde el amor celebra sus blancas misas

entre mieles de besos y de cantares
y éxtasis de suspiros y de sonrisas,
mientras nievan los rayos plenilunares
y bautismos de aromas vierten las brisas!...

¡Pasa, hermano, y no mires a esa ventana,
que las negras pupilas de una gitana,
traicioneras, te acechan entre las flores!...

Y, ceñido de espinas, yo me he dejado
en la cruz de una reja, crucificado,
el amor más intenso de mis amores..



V

LAS CIGARRERAS

A Nicolás Rangel.

Los oscuros cabellos sangrando lazos,
con sus altas peinetas y sus chapines,
cruzan las cigarreras por los jardines,
los chales de Manila sobre los brazos.

Envuelven de sus formas los finos trazos
almidonados trajes de colorines...
Perfuman sus sonrisas como jazmines,
y sus miradas hieren cual navajazos...

Al clamor vespertino de la campana,
todos los amadores que hay en Triana
sobre el puente, en ofrenda de sus amores,

extienden sus bordadas capas toreras
para que, cuando pasen las cigarreras,
las borden sus chapines de frescas flores...

VI

TABLADA

A Julio Torri.

SONANDO cascabeles cruzan berlinas...
Resuenan las guitarras y corre el vino,
y los donaires traban, cual serpentinas,
batallas de piropos en el camino.

Arrogantes mujeres de curvas finas,
de doradas peinetas y mantón chino...
ensangrientan su escote las clavellinas
y perfuman las rosas el pelo endrino.

Los caballos galopan; borlas y lazos
engalanan y trenzan la crin florida...
Y por vallas de mirtos y de azahares,

entre cencerros, gritos, coplas y hondazos,
atraviesan los toros de la corrida
bajo las polvaredas plenilunares.

LA FIESTA NACIONAL

I

LA CUADRILLA

A Rafael Cabrera.

ENCANTO luminoso de las corridas!...
Entre mantillas blancas y madroñeras,
las rosas en los senos son como heridas,
e incendian los claveles las cabelleras!...

Como mantos reales llevan prendidas
del mantón de Manila, las primaveras
de pájaros y rosas de oro floridas,
a sus bustos morenos las cigarreras.

Y cuando las cuadrillas riman su paso
al son de un pasodoble vivo y sonoro,
alegre como el vino de Andalucía,

cada traje es un iris de seda y raso,
que a los besos de llamas de un sol de oro
se derrite en cien iris de pedrería...

II

EL ESPARTERO

A Rafael Durand

VEINTICUATRO de Mayo, funesto día,
para los sevillanos de mal agüero,
pues en Madrid, la corte de la hidalguía,
un toro de Miura mató a Espartero...

La mano generosa que socorría
no volverá en los rubios a hundir su acero...
La Giralda encrespona su bizarria,
llorando por la muerte de su torero...

Se quedaron sin flores las azoteas...
¡Parece que hasta el cielo lágrimas vierte
y que el Betis, llorando, su azul empañal...

¡Perdigón de Miura, maldito seas,
porque en sus finas astas halló la muerte
el torero más bravo que hubo en España!..

III

REVERTE

A Tirso Sáenz.

EL popular torero de los cantares,
de talle de palmera y ojos de moro,
todo resplandeciente de seda y oro
bajo los refulgentes rayos solares.

Con su muleta barre los costillares
mientras Sevilla entera le aplaude en coro,
y airado se revuelve, bramando, el toro
rozando con sus astas los alamares...

Liada la muleta tiene Reverte
y enfilado el estoque para dar muerte
y tender a sus plantas a su enemigo...

Y, rasgando el silencio, de pronto, suena
una voz femenina, rota de pena:
—¡No te tires Reverte, vente conmigo!

IV

RAFAEL EL GALLO

A Miguel Alessio Robles.

CON su maravillosa gracia gitana
a la fiesta española presta alegría,
y en los tiempos presentes nadie le gana
en arte, en elegancia ni en gallardía,

pues borda con su capa de seda grana,
capa que Lagartijo envidiaría,
sutiles arabescos de filigrana
y encajes prodigiosos de orfebrería.

Su montera es corona de emperadores
y el capote es un manto regio a su espalda,
porque solo, entre todos los lidiadores,

se destaca su arte de maravilla,
como la gracia esbelta de la Giralda
sobre todas las torres que hay en Sevilla...

V

LA ESTOCADA DE LA TARDE

A José Sáenz.

RESPLANDECIENTE en iris de pedrería
como en un viejo cromo de pandereta,
el matador, al toro, con la muleta
alegra al mismo tiempo que desafía...

Con toda la majeza de Andalucía
espera, perfilado, que le acometa,
y el animal, inmóvil, también le reta...
¡y la emoción ahoga la gritería!...

Se escucha el blanco vuelo de una paloma...
Un corazón tan sólo late en la plaza...
Bestia y hombre se encuentran... ¡Y se desploma

a los pies del torero, sangrando, el toro,
el estoque en los rubios, hasta la taza,
y en un asta un fulgente cairel de oro!

VI

UN PAR DE JOSELITO

A Rubén M. Campos.

PASO a paso, hasta el toro va decidido,
siguiendo de una marcha triunfal los sones,
los brazos levantados y el busto erguido,
despidiendo irisadas fulguraciones...

Cuadra y clava... Y el toro lanza un bramido
al sentir en los rubios los dos arpones...
¡Diez mil gritos en uno se han confundido
al desbordar sus vasos las ovaciones!...

Centelleante el oro de los caireles
Joselito saluda, montera en mano...
Y sin rosas, sin nardos y sin claveles

se quedan los cabellos y las mantillas,
para alfombrar las plantas del soberano
de la clásica suerte de banderillas.

VII

UNA VERÓNICA DE BELMONTE

A Francisco Orozco Muñoz.

PALIDO, con los ojos desencajados,
el mentón agresivo, la boca hundida,
en los brazos de seda y oro bordados
la roja y amarilla capa extendida,

y los pies en la tierra, como arraigados,
aguarda de la fiera la acometida...
¡Callan los corazones amedrantados,
y hasta en los propios labios la voz se olvida!

Cuando la peligrosa suerte promedia,
y la blanca pechera desgarrá el toro
y él se yergue arrogante como una palma,

todo el clásico espanto de la tragedia
en su cuerpo se viste de seda y oro...,
¡y el pavor de la muerte nos hielá el alma!

EL ALCAZAR

I

ALMOTAMID

A Efrén Rebolledo.

ALMOTAMID, el viejo rey sevillano,
en lides y en trovares siempre el primero,
arrastrando cadenas de prisionero
en Agmat, por Sevilla, suspira en vano.

Una paloma el trigo pica en su mano...
Sobre un mar de azulados tonos de acero
cruza la blanca vela de un mastelero...
Y así, a la paloma dice el anciano:

—¡Cruza, blanca paloma, los anchos mares;
vuela donde florecen los azahares,
y desde la amargura de este desierto

mis últimos suspiros lleva a Sevilla!...
Y, pensando en Sevilla, la frente humilla...
¡Y al volar la paloma lo hallaron muerto!...

II

UN CAPRICHIO DE LA SULTANA

A Carlos González Peña.

A la sombra florida de un limonero
estaba la Sultana mirando un día
cómo el barro en las manos de un alfarero
en ánforas de ensueño se convertía.

Desnudó su mirada, como un acero:
—¡Por hacer yo lo mismo, señor, daría
la perla más preciada de mi joyerol... —
¡y aljófares de llanto su voz vertía!...

Y Almotamid, el noble monarca moro,
mandó hacer un precioso barro moreno
con perfumes, con ámbar, canela y oro...

para que la Sultana, con tal arcilla,
teniendo por modelo su propio seno
modelase una copa de maravilla!

III

EL REY SABIO

A Pedro E. Callorda.

Su corona de oro da por perdida...
De Dios y de los hombres ya nada espera...
Mas, al ver de Sevilla la primavera
en las ondas del Betis adormecida,

el Rey de las Cantigas, con voz dolida,
solloza entre los sauces de la ribera:
—¡Antes que abandonarte, más me valiera
Sevilla, entre tus flores, perder la vida!...

Y, viéndose achacoso, falto de brío,
sin una voz amante que le dé aliento,
como última esperanza sueña el anciano,

sólo, en un barco negro, lanzarse al río
y entregarse, cual una pluma en el viento,
a merced de las furias del Océano...

IV

DON PEDRO EL JUSTICIERO

A Ignacio B. del Castillo.

A Don Pedro Primero quiere Sevilla,
porque si fué implacable con los traidores,
en cambio dió a Sevilla glorias y honores,
alzando de su alcázar la maravilla;

porque el león soberbio que hizo a Castilla
sangrar bajo la garra de sus furores,
era un blanco cordero, balando amores,
en los brazos morenos de la Padilla...

Le quiere por altivo, bizarro y fuerte,
porque como un torero burló la muerte,
despreció las riquezas y amó la gloria,

y fué voluptuoso y al par cristiano...
¡En todos los anales de nuestra historia
no existe otro monarca tan sevillano...

LAS LEYENDAS DE ORO

I

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES

A Gustavo Solano.

DE sus timbres Hispalis está orgullosa;
de ser hija de Herakles múestrase ufana,
y entre sus dos columnas, como una diosa,
simboliza la heroica fuerza herculana.

Grecia cubrió sus formas de nieve y rosa
con su túnica egregia de blanca lana,
y para amamantarle, su ubre gloriosa
le ofreció la fecunda loba romana...

Su corazón, de orgullo se hizo sonoro
y palpitó, entre aplausos y entre laureles,
con el rítmico estruendo del mar profundo,

al mirar, sobre un carro de cedro y oro,
al galope triunfante de sus corceles,
pasar al calvo César, señor del mundo...

II

SAN ISIDORO

A D. José López Portillo.

SOBRE el mundo ni una luz se veía...
Todo era sombra, espanto, barbarie y lloro...
El Agora, en Atenas, quedó vacía
y está también, en Roma, desierto el Foro...

Tan sólo en las tinieblas resplandecía,
como única esperanza, la luz de oro
de la lámpara bajo la cual leía
sus máximas de estrellas San Isidoro...

¡Por el nombre de ese varón preclaro,
océano que todos los hondos ríos
de las ciencias humanas funde y apredia,

tu sien, Sevilla, elevas igual que un faro,
para alumbrar la ruta de los navíos
en los negros naufragios de la Edad Media!...

III

SAN FERNANDO

A Primo Feliciano Velázquez.

TU Catedral no guarda ningún tesoro,
con tener en su seno riquezas tantas,
comparable a la urna labrada en oro
que encierra las gloriosas cenizas santas

del Rey que tu Giralda conquistó al moro...
¡Por su nombre, Sevilla, tu sien levantas,
asombrando a los siglos con tu decoro
y humillando a la gloria bajo tus plantas!

¡Da a los vientos el triunfo de tu bandera,
que tus regios jardines están seguros
y nunca tu Giralda será extranjera,

porque por tus destinos siempre velando,
cual tutelar Arcángel, está en tus muros
la sombra milagrosa de San Fernando!

IV

LA CALLE DEL CANDILEJO

A Luis Castillo Ledón.

VOCES pidiendo auxilio claman en vano...
Deslumbran cuchilladas en la calleja...
Un hombre se desploma y otro se aleja
con la altivez triunfante de un soberano.

Al ojo legafioso de su ventano
asoma su curioso rostro una vieja,
y al contemplar la escena, tras de la reja,
la luz del candilejo tiembla en su mano.

Tras la sombra que pasa la vista aguza
con la estúpida insidia de una lechuza...
Y oyendo en la maraña de callejuelas

que ensudaría la luna con su reflejo,
crujir del Rey Don Pedro las choquezuelas,
se santigua la vieja del candilejo.

V

EL BURLADOR DE SEVILLA

A Baltasar Izaguirre.

POR Sevilla Mañara cruza altanero,
embozado en su luenga capa encarnada,
con la mano apoyada sobre la espada
y flotando la pluma de su sombrero.

Un rival, a sus plantas, tendió su acero
y le esperan los labios de una enlutada
en la reja morisca, glorificada
por todas las estrellas de un jazminero.

Invisibles campanas doblan su queja.
Se oye un rumor de pásos acompasados,
y de espanto en las sombras gañita un perro...

Y el burlador contempla por la calleja,
entre cirios, responsos y encapuchados,
cruzar ante sus ojos su propio entierro.

MEDALLONES

I

VALDÉS LEAL

A Félix Nieto del Río.

ANTE tus cuadros tiembla Sevilla entera,
pintor de tristes ojos y blancas manos,
labios descoloridos y tez de cera...
Como en sus soledades los cartujanos,

tras la piel ves tan sólo la calavera,
adivinas serpientes en los manzanos,
y en el rosa de carnes en Primavera
el verde corrosivo de los gusanos.

Bajo el macabro encanto de tus pinceles
sangran rosas de llagas en los coletos,
y el infierno en los ojos se cuaja en lumbres...

Y en tus noches febriles enjoyar sueles
con harapos de oro tus esqueletos
y con lepras de gemas tus podredumbres.

II

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

A Eusebio de la Cueva.

EN la alegre Sevilla de los caireles
es el alma de Bécquer una azucena
que a la luz de la Luna sangra su pena
en un jardín de rosas y de claveles...

(¡Labio risueño, nunca gustar anheles
los panales de oro de su colmena,
pues el cuerpo y el alma nos envenena
la fragante dulzura de tantas mieles!)

Afirman que la Musa de sus amores,
morena cual la Virgen de los Dolores,
al lugar donde Bécquer soñó su fosa

va envuelta, en las negruras de su mantilla,
a rezar por el alma casta y piadosa
del poeta más triste que hubo en Sevilla.

III

SUSILLO

A Antonio Caso.

SONÓ una bella estatua su fantasía;
en un bloque de mármol quiso copiarla,
y cincelando estuvo, de noche y día,
sin levantar los ojos, hasta acabarla.

La estatua de sus sueños le sonreía;
también, cual Miguel Angel, le gritó: «¡Parla!»,
y viendo que la estatua no respondía
le dió toda su sangre para animarla.

¡Doncellas, en su tumba plantad rosales!...
¡Cinzel, sobre la losa del gran suicida,
a las almas que sueñan piadoso advierte:

—Domó el bronce y el mármol y los metales,
pero en cambio no quiso domar su vida,
y por amar la vida se dió la muerte!

IV

ALFREDO BLANCO

A Leoncio Espinosa.

ERES al mismo tiempo bronce y carrara,
bronce antiguo de Oriente, mármol latino,
y, aunque moderno, tienes, como Mañara,
sangre andaluza y alma de florentino...

No conozco una letra más fresca y clara
que la que vas cantando por tu camino...
¡Para alumbrar las noches de tu Sahara
su lámpara de oro te dió Aladino!...

Esbeltez de palmeras, palor de olivas,
en tus líricos huertos crecen altivas...
La viña y el naranjo te prestan savia

y el alma de Sevilla te dió su esencia,
voluptuosa y ágil como la Arabia
y fina y elegante como Florencia...

EN LA RIBERA

I

EN EL RIO

A Rodrigo Gamio.

EN los claros cristales de la corriente
en paisajes de ensueño la luz se acroma,
y la brisa nos besa tan suavemente
cual si fuese las alas de una paloma.

Una dulce guitarra llorar se siente
y su voz suavidades de arrullo toma,
mientras, deshecha en brasas, en el Poniente
se evapora la tarde como un aroma.

Entre risas y coplas la barca vuela,
y, acaso, en la cubierta de algún navío
que para darse al viento tiende la vela,

solloza la guitarra de un sevillano:
—Mi amor pasa cantando, como ese río,
a perderse en las aguas del Océano...

II

LOS AZAHARES

A Teodomiro Vargas.

EL cielo azul bordado de oro y de plata
de la Virgen del Carmen parece el manto...
Se desfleca entre flores la serenata
dejando en todo un vago sabor a llanto.

Con timidez de niño su voz recata,
en una barca errante, furtivo canto...
La luna sus doradas trenzas desata
y el surtidor, en perlas, rompe su encanto.

La brisa y los perfumes fingen querellas;
la corriente del río de amor murmura...
Y en los blancos silencios plenilunares,

ofreciéndose al beso de las estrellas,
desnudan los pudores de su blancura,
como senos de novia, los azahares...

Al romper los cordones de su cintura
desde el oro vivo de su cintura
un perfume de carne que me envuena...

Y en la sed insana de mi deseo
en mis calidos labios te posas
cual si fueras la boca de mi morosa

III

LAS NARANJAS

A Gilberto Chavez.

ENTRE las verdes ramas tu oro moreno
evoca a mis nostalgias la piel sedosa
de una odalisca, inmóvil en la lujosa
penumbra de un fragante baño agareno.

Respiro tus fragancias de gozo pleno,
y al abrirte, mi mano tiembla afanosa
como si desnudase voluptuosa
de su caftán de llamas, la flor de un seno.

Al romper los cendales de su clausura
despide el oro vivo de tu dulzura
un perfume de carne que me envenena...

Y en la sed infinita de mi deseo,
en mis cálidos labios te paladeo
cual si fueses la boca de mi morena

IV

EL AMOR PASA

A Luis González Obregón.

Tu pureza es arroyo que, cristalino
sólo nubes y estrellas copia en su seno.
¡Sacia la sed ardiente del peregrino
antes que sus cristales enturbie el cieno!...

Arbol de oro, que extiendes sobre el camino
tu ramaje de pomas maduras lleno,
¡no dejes que lo estéril de tu destino
las mieles de esas pomas trueque en veneno!...

Amor es un viajero que va de paso;
por capricho las flores más bellas trunca,
bebe vino de besos y rompe el vaso...

Si amor llama a tus puertas, abre en seguida,
porque el amor que pasa no vuelve nunca,
y sin amor es siempre triste la vida...

IV

EL AMOR PASA

A Luis González Obregón.

Tu puerta es arroyo que, cristalino
sólo nubes y estrellas copia en su seno.
¡Gota la sed ardiente del porvenir!
antes que sus cristales cubra el viento...

Árbol de oro, que extiendes sobre el camino
la ramita de ramas esquivas llenas,
no dejes que lo estorbe la distancia
las miradas de esos ojos que en veneno...

TÍPICAS

I

EL PREGÓN DE LA SIESTA

A Octavio Campero.

RESPIRANSE sopores de adormidera,
colmenas de abejorros son los oídos,
se deshoja de sueño la enredadera
y hasta los surtidores están dormidos.

El alma se derrite, como de cera;
las pupilas son negros pozos de olvidos,
y en humo se disipa la vida entera
y en polvo se disuelven nuestros sentidos...

Se cruzan subterráneos. Mas, de repente,
el alcázar de sombras se desmorona
y otra vez nos deslumbra la luz del día...

Una voz cristalina, de agua corriente,
por las amodorradas calles pregona
la miel sangrante y fresca de la sandía...

II

LA PROCESIÓN DEL ROCÍO

A Antonio Hernández Ferrer.

Es un carro que avanza pausadamente
por los campos fecundos que el sol abrasa;
en sus andas de oro, resplandeciente
entre risas y coplas, la Virgen pasa...

Caballos enjaezados bizarramente
arrancan con los cascos chispas de brasa...
Carros, bestias y hombres, son un torrente
que ensordece los aires y el campo arrasa.

Corre el vino en infladas botas de cuero ..
Alegre va la Virgen por el sendero
y, a su paso, se enciende de luz el río,

estallan en dulzuras los ruiseñores
y hasta en los eriales revientan flores,
igual que si realmente fuese el rocío...

III

LA CANTADORA

A Manuel Ponce.

EN tu acento desgranar los surtidores
sus rítmicos collares de pedrería,
y apanalan sus mieles los ruiseñores
de las celestes noches de Andalucía.

Nardos, rosas, claveles, todas las flores
perfuman en tus labios, y se diría
que si el sol de Sevilla tiene esplendores
es porque tu mirada su luz le envía...

Despiertan al conjuro de tus canciones
las corridas de toros, la reja mora,
de Granada y Sevilla las procesiones...

Y si tu voz solloza la carcelera,
parece que en tu acento cautiva llora
el alma enamorada de España entera...



IV

LA RIADA

A Gabriel Alfaro.

LA corriente del río, tan mansamente
ha invadido los barrios de la ribera
y las huertas floridas, que ni siquiera
contra muros y troncos chocar se siente.

En balcones y en barcas, alegremente,
celebra la riada Sevilla entera...
Bajo un sol cristalino la Primavera
diluye sus fragancias en el ambiente...

Cubierto por las aguas el parque queda.
Y encaramado a un árbol de La Alameda
canta un zagal, alegre como un jilguero:

—¡Maldita la violencia de la riada,
que ha dejado sin flores mi limonero
y adornarse con ellas quiere mi amada!..





TIERRA DE ENCANTO Y MARAVILLA

TIERRA DE ENCANTO Y MARAVILLA

BRINDIS

A los poetas mexicanos.

HERMANOS: con el alma deslumbrada
contemplo esta ciudad de maravilla,
que reclinada entre jardines brilla
de soberbios volcanes coronada.

Nada encontró tan bello la mirada,
pues junta a la nobleza de Castilla
la gracia melodiosa de Sevilla
y el encanto oriental de mi Granada.

Para loar sus parques soberanos,
el porte señorial de sus hermosas,
sus claros cielos y sus lagos tersos,

dejar quisiera como ofrenda, hermanos,
todo mi corazón trocado en rosas
y el alma entera, transformada en versos..

TARDES DE XOCHIMILCO

A Rafael López.

I

¡TARDES de Xochimilco!... Siderales
arabescos de azul, de oro y de grana,
va bordando la tarde, en la liviana
esmeralda oriental de los canales.

Con tornasoles de pavos reales
la florida ribera se engalana,
mientras sus joyas de coral desgrana
el fragante collar de los rosales.

Las sedas del silencio rasga el remo;
el agua, herida, se estremece, roja
hasta palidecer... Y en el supremo

encanto de esta hora de zafiro,
la carne, como un lirio, se deshoja
y el alma se nos va, como un suspiro...

II

JARDINES policromos y flotantes
donde el incendio de la tarde brilla...
Xochimilco, en azteca, y Canastilla
de Flores, en la lengua de Cervantes...

En éxtasis de joyas deslumbrantes
el alma se infinita y maravilla;
se dobla, sin querer, nuestra rodilla
y se hacen nuestros sueños más fragantes...

Al pie de un ahuehuete, en la ribera,
una rústica choza que recama
la piedad de una vieja enredadera

de verdes hojas y de rojas flores...
Y el corazón, en un suspiro, exclama:
—¡Bello lugar para morir de amores!

III

LA barca se desliza suavemente
sobre el incendio de la tarde... Toma
el aire suavidades de paloma
al perfumar de ensueño nuestra frente...

La fábula de oro del Poniente
en el verde cristal se apolicroma,
y en todo se difunde un vago aroma
y una antigua tristeza transparente...

En el silencio su dolor ahueca
el sollozar de una canción azteca
que entona un indio sobre una piragua...

Y oyendo el eco de su canto, vemos
que lágrimas de luz lloran los remos
y se desangra el corazón del agua...

IV

¿QUÉ añora la canción?... La cristalina
serenidad acuática se queja,
al sentir en su seno aquella *Vieja*
lágrima de dolor que cantó Urbina.

Con la luz que en los árboles declina
el eco errante del cantar se aleja,
y en el cristal crepuscular se espeja
el ruiñeñor que en nuestras almas trina...

La barca se detuvo... En un supremo
silencio naufragó el eco vago
de la canción, y, entre la sombra, el remo

saudoso de sus líricas querellas
volvió a caer sobre el azul del lago,
lagrimeando un resplandor de estrellas .

V

RESBALABA la barca entre la espuma
con la humildad sumisa de una esclava...
La gloria del crepúsculo evocaba
el fausto de algún viejo Moctezuma.

La suavidad del aire era una pluma
que tus trenzas de ébano peinaba,
y, a lo lejos, muy triste, sollozaba
una flauta encantada entre la bruma.

Reclinaste en mi seno la cabeza...
La tarde desangróse en el zafiro
que entre tus dedos otro lago evoca...

Y toda la romántica tristeza
de la tarde otoñal se hizo suspiro,
y se escapó, temblando, por tu boca...

VI

¡BAMOS lentamente... La ribera
en la crepuscular policromía
se enjoyaba de luz, como si fuera
cada árbol un joyel de pedrería.

El agua era un jardín de Primavera,
y tu mano temblaba entre lá mía
como diciendo a mi ansiedad:—¡Espera!...
¡No ha sonado tu hora todavía!

En un recodo, entre el ramaje espeso,
cayó en mis brazos tu pudor intacto,
vencida tu postrer desconfianza...

Y todo el sol de Mayo se hizo beso
para sellar el imposible pacto
de este infinito amor sin esperanza...

IV

VII

CON la unción religiosa de una santa
en éxtasis de amor desvanecida,
la tarde, en la ribera florecida
en un polvo de luz, borró su planta.

La fe que salva y el amor que encanta,
desligaron sus brazos de la vida,
y una triste canción de despedida
sollozaba un zenzontle en tu garganta.

Ibamos a partir. Lloraba el cielo
lágrimas de celeste desconsuelo
en las lagunas trémulas y hurañas...

¡Toda la angustia de tu raza fiera
se hizo gota de llanto en tus pestañas,
para que yo, de hinojos, la bebiera!

VIII

EL panorama es como un alarde
de paz y de silencio... Todavía
queda un poco de oro y pedrería
en las tibias cenizas de la tarde!

Si tiembla junto a ti, mano cobarde,
¿qué te impide de nuevo hacerla mía?...
¡Por mirarme en sus ojos yo daría
más sangre y oro que en las aguas arde!

Silencio hecho para el beso; calma
formada para desnudar un alma,
y a otra alma, más tímida, ofrecerla...

Tarde de Otoño para amar creada,
tu recuerdo será como una perla
que se muere de amor en su mirada.

IX

ENTRE el marco de árboles que encierra
tu tersura, pareces, adormido,
un pedazo de cielo desprendido
para alegrar de claridad la tierra.

El agua cristalina de la sierra
no es más pura que tú... Nunca ha existido
olvido más profundo que tu olvido
contra tanta inquietud y tanta guerra.

En tu zafiro astral y transparente
humilde y niño el corazón se siente
purificado de todo deseo...

¡Y al mirarte tan límpido y tan hondo
me parece que trémula, en el fondo
de los ojos de Dios, mi imagen veol

X

PRENDIÓ en tu altiva frente nazarena
como un turbante de ilusión la Luna,
y, al reflejar tu rostro, la laguna
purificóse en lumbres de azucena.

Un lucero engarzóse en la serena
languidez de tus ojos de aceituna;
durmió la barca su vaivén de cuna,
y un remo, al encallar, lloró su pena.

Todo es silencio de zafiro y nieve...
El cielo, sobre el lago, estrellas llueve...
Y, herida por las lumbres nacarinas

que la Luna romántica riela,
desangran, en perfumes de canela,
su rojo corazón las clavellinas.

XI

¿POR qué tornar al mundo? ¿Por qué, hermano
barquero, quieres en tu adusto empeño
hacerme ver que todo ha sido un sueño
soñado en una tarde de verano?

¿Qué me espera en la vida? ¡El odio humano,
la inquietud, la traición... Ningún risueño
labio sin hiel me llamará su dueño,
ninguna mano estrechará mi mano!

Aquí vivo una vida que no tiene
límites ni barreras; nadie viene
a turbar mis románticas querellas.

¡Deja que, enamorado de los cielos,
arroje en estas aguas mis anzuelos,
como un demente pescador de estrellas!

IX

XII

LA corriente deslízase serena,
y al reflejar el celestial zafiro,
se hace tan transparente, que hasta miro,
allá en el fondo, fulgurar la arena.

Igual que un arpa de cristal, resuena
en su ondulante y cadencioso giro,
y la onda, al pasar, es un suspiro
que borda espumas en la orilla amena.

En la esmeralda de la tarde estival,
contemplando su imagen silenciosa
transparecer en la corriente pura,

sólo una inmóvil garza pensativa
enciende al sol su pincelada rosa
entre el áureo verde de la espesura.

IIX

XIII

LA tarde con sus mágicos pinceles,
derrochando tesoros imperiales,
enjoya de antistas los canales
y alumbra las chinampas de claveles.

Las flores se transforman en joyeles
y el ramaje en incendios de corales
al trabar, en los fúlgidos cristales,
batallas de artificio los verjeles.

Relámpagos de ópalo, topacios
y granates deslumbran los espacios,
y al dispararse el resplandor postrero,

de tan regio esplendor, sólo nos queda
la lágrima de plata de un lucero
llorando en el carbón de la arboleda.

XIV

EN el silencio del canal florido
que el fasto del crepúsculo decora,
entre el verdor de las chinampas llora
un lejano laúd su amor perdido.

Y nuestro corazón, entristecido
en la escenografía de la hora,
romanticismo de Venecia añora,
desenterrando sombras de olvido.

Por nuestros sueños de cristal resbala
una góndola errante como un ala,
mientras la tarde augusta, que en un vago

remanso de zafir se tornasola,
como un pavo real abre en el lago
el florido arco iris de su cola.

XV

¡BARCA que pasas en la tarde rosa,
igual que el ataúd lleno de flores
de una princesa que murió de amores,
esfúmase en la noche silenciosa!

¡Oh, solitario corazón, reposa...
¡Nada a la vida ni al amor implorest!
El ocaso amortaja sus fulgores
y en el silencio azul se abre una fosa.

Se disipa la luz como un suspiro
de tenuidad... Y toda el alma mía
—esmalte de dolor en un zafiro—

adquiere esos matices tan suaves
de la sentimental policromía
de los paisajes de Gilberto Chaves.

VX

NOCTURNOS URBANOS

A José de J. Núñez y Domínguez.

I

VIBRA el grillo sus crótalos agudos...
En el charco de lluvia en que se espeja,
muestra orgullosa, una casona vieja,
la heráldica altivez de sus escudos.

Agigantando sus contornos rudos
pasa una sombra y trémula se aleja,
apagando en la paz de la calleja
el eco errante de sus pies desnudos.

En el silencio azul teje la luna
randas de encaje... En el reloj de alguna
torre colonial tiemblan las once,

mientras la noche de tristeza dora
un piano romántico que llora
un canto popular de Manuel Ponce.

II

LA esponja de la sombra desvanece
perfiles y contornos... Como humanas
pupilas se cerraron las ventanas,
y todo muerto de terror parece.

Lenta la brisa los ramajes mece;
en la sombra se esfuman sombras vanas,
y hasta en la torre, el son de las campanas,
de fatiga y de miedo se adormece...

Todo es silencio y paz... de pronto una
maravillosa claridad de luna
rasga la angustia del paisaje obscuro,

y herida por sus vivos resplandores
la bugambilia se desangra en flores
sobre la anciana palidez del muro...

III

AL fondo la espléndida avenida
Chapultepec esfuma su silueta
imperial... La ciudad yace en la quieta
penumbra de la noche adormecida.

Gota a gota desángrase la vida,
la brisa acalla su inquietud secreta,
mientras sobre la paz de la glorieta,
en su marmórea soledad florida,

un Cuauhtémoc de sombra, audaz, sus brazos
a los cielos magníficos levanta,
cual si quisiera a fuerza de flechazos,

para su sien, empenachar con ellas,
derribar una a una ante su planta
como águilas de oro, las estrellas.

III

IV

ENVUELTA en sus monjiles atavíos,
en su celda Sor Juana, escribe a solas
una de esas comedias españolas
en que hay celos, amor y desafíos...

Al evocar tan locos extravíos
tienen sus senos palpar de olas,
en su tez se desangran amapolas
y un beso muere entre sus labios fríos.

Y mientras ella silenciosa escribe
algún drama que sueña y que no vive,
a solas con su triste pensamiento,

por la luz celestial de su mirada
un Conde y un Virrey cruzan la espada
al pie de las ventanas del convento.

V

EL CABALLITO

JAMÁS Apolo a su cuadrilla uncido
vió un corcel tan gallardo y elegante,
ni de Cleomenes el cincel triunfante
en un friso pentélico ha esculpido

nada en gracia y belleza parecido,
nada en vigor y fuerza semejante
al caballo de bronce que arrogante
sobre su pedestal se muestra erguido.

Cuando en Chapultepec la tarde muere,
del pobre Carlos IV, la figura
Que aurifica la luz del sol lejano,

por cabalgar en tal corcel, adquiere
el heroico ademán y la apostura
de un victorioso Emperador romano...

ALMA AZTECA

I

EL INDIO

AL sol duerme sus siestas en la plaza,
reclinada en el brazo la cabeza...
Mas si vibra el clarín se despereza,
y, alegremente, su fusil abraza

y va a morir, como quien va de caza,
pues dos joyas aún guarda en su pobreza:
el desprecio a la vida y la pereza;
las dos grandes virtudes de la raza.

Por un vaso de pulque lo da todo;
ni olvidan ni perdonan sus agravios,
y, profundo filósofo a su modo,

para todo en la vida, alegre o grave,
siempre tiene en la astucia de sus labios
un fatal y enigmático: —¡Quién sabel

II

LA SOMBRA HEROICA

¿EN dónde está la raza de condores,
libre y audaz, indómita y bravía,
que al quemarle las plantas sonreía,
asombrando a sus propios opresores,

y burlona y altiva, a los clamores
de la angustia y el miedo, respondía:
«Acaso imaginó tu cobardía
que descanso en un tálamo de flores?»

El alma de esa raza está viuda...
El odio de Caín mata sus bríos,
y en contienda interior se despedaza...

De Cuauhtemoc la sombra hosca y ceñuda
le pregunta a sus hijos: —Hijos míos,
¿Qué habéis hecho del bronce de mi raza?

III

LA VOZ DE CUAUHEMOC

De Cuauhtemoc la voz prosigue airada:
—Cesa ya la contienda fraticida,
que, exhausto el corazón por tanta herida,
la patria se desploma desangrada.

Abandona el fusil, toma la azada
y tu olvidado patrimonio cuida,
y en un abrazo fraternal, unida
para lucha mejor, temple tu espada...

Mientras cavas tu propia sepultura
el hombre rubio, de mirar de acero,
acecha con las armas en la mano...

¡Y puede haber otra Malinche impura
que entregue, con su cuerpo, al extranjero
el porvenir del pueblo mexicano!

IV

EL DESIERTO

TIERRA parda, sayal de penitente,
sucio de polvo y por el sol comido...
En tu seno el silencio se ha dormido
y ni una brizna palpar se siente.

En tus surcos secóse la simiente,
porque tu corazón empedernido,
para llorar sus cuitas, no ha tenido
ni el suspiro de plata de una fuente.

Llanura estéril de leprosos oros
que exudas fiebres por tus secos poros...
Sólo turban tu fúnebre concierto

algunos montes calvos y gibados..
¡Camellos de fatiga arrodillados,
que agonizan de sed en un desierto!



V

LA ESTACION

RETORCIDOS en bruscás contorsiones
y en pavorosos gestos de agonía,
enseñan, a lo largo de la vía,
osamentas de hierro los vagones.

Cicatrices de rotos murallones
se abren en la confusa lejanía;
estaciones que humean todavía
y son como esqueletos de estaciones.

Un negro zopilote en el alambre
del telégrafo grazna y aletea,
alborozado de saciar su hambre...

Y con su pico rojo y encorvado,
como frutos maduros, picotea
las oscuras pupilas de un ahorcado.

VI

EL TAMBOR DE LOS YANQUIS

EL mastín con el lobo no se bate
con tal ferocidad: cada calleja
truécase en baluarte... Ni una queja
exhala el labio que la muerte abate.

Mientras la vida en las arterias late
la mano heroica de matar no cesa,
y en cien charcos de sangre se refleja
la bárbara epopeya del combate.

Resplandores de incendio el aire lanza;
el humo de la pólvora envenena;
botes de espanto la metralla vierte,

y, en medio de aquel campo de matanza,
el tambor de los yanquis ronco suena
como un redoble trágico de muerte.

VII

LA SOLDADESCA

TRAS el heroico batallón camina,
andrajosa, descalza y desgredada,
con los hijos a cuestras, y terciada
sobre el hombro también la carabina.

Sobre el herido, sin temor se inclina,
y recogiendo el arma abandonada,
defiende la trinchera amenazada
con ímpetus salvajes de heroína.

Y, cuando a metrallazos, los cañones
barren el grupo heroico de leones,
convirtiendo en escombros la trinchera,

sola, entre el polvo de su gloria ufana,
ella será la última que muera
envuelta en la bandera mexicana.

VIII

EL CHARRO

XARAPE de Saltillo, al hombre echado,
calza espuelas de plata repujada,
y toca la melena alborotada
amplio sombrero de oro recamado.

Calzón de áureos botones ajustado;
chaquetilla de cuero adamascada,
y un aire de fiereza en la mirada
y un buen par de pistolas al costado.

Y, tendido en la silla, en la carrera,
cuando con la reata audaz ensaya
un círculo mortal, su férrea mano

fuera un centauro, si el centauro fuera
tan bravo en el fragor de la batalla
como el heroico charro mexicano.

IX

A UNA MEXICANA

SEVILLANA de América. Suspirar sueles
al son de la guitarra tristes afanes,
y al cantar tus palabras destilan mieles
y esculturizan sueños tus ademanes.

Tienes labios más frescos que tus claveles,
del beso y la caricia vives imanes;
y hay en tus negros ojos, grandes y fieles,
encerrado más fuego que en tus volcanes.

Morena como el bronce de las gitanas,
cruzas, con la indolencia de las sultanas,
recostada en las flores de tu calesa...

Y al verte, las pupilas ciegan de gozo,
pues te llevas el alma, de amores presa,
en la gracia andaluza de tu rebozo.

TIERRA CALIENTE

I

LA JARANA

PRELUDIAN las guitarras, bordoneantes,
la languidez melosa de las jaranas,
y a sus sonos, mestizas de ojos errantes,
más negros que los ojos de la gitanas,

con los lúbricos dedos castañeantes,
bajo blancos hipiles muestran ufanas
el ámbar de sus senos insinuantes
y el bronce de sus tibias formas paganas.

Los labios encendidos desbordan mieles;
las plantas de lujuria repiquetea,
y los tallos ondulan como palmeras,

agitando, en sus giros, cual cascabeles,
las monedas de oro que tintinean
en el bárbaro lujo de sus collares.

II

LOS CENOTES

SE amodorra de asfixia la perspectiva,
y como una cantárida voluptuosa
la brisa, con su aliento de brasa viva,
levanta ampollas donde los labios posa.

La abeja del silencio sopores liba,
y en la floresta en llamas, donde reposa,
suda sangre la obscura hiedra lasciva
y desfallece en llantos de luz la rosa...

Nuestra carne es un joven sátiro en brama,
que encendida en ardores por tanta llama
sueña que, desgarrando con mano ruda

un blanco hipil de seda por los escotes,
una Venus de bronce y ámbar, desnuda
en la fresca esmeralda de los cenotes.

III

LA HAMACA

NOCTURNOS tropicales... Las palmeras
ungen en el silencio cristalino
la esbeltez de su talle femenino
y el oro de sus rubias cabelleras...

Con las fragancias de sus primaveras
el alma del jardín es como un vino
que nos va adormeciendo en un divino
sueño de palideces y de ojeras...

En una suavidad de terciopelo
evapora la noche su belleza,
y bajo el mosquitero azul del cielo,

en un vaivén isócrono de cuna,
el alma se extenúa de pereza
en la hamaca de plata de la Luna.

IV

LA GARZA

DEL remanso en los lípidos cristales
de la celeste calma matutina,
esmaltan y refrescan su divina
esmeralda oriental los cafetales.

Esponjan su frescura los milpales;
curva la palma su silueta fina,
y su doliente cabellera inclina
la religiosa unción de los sauzales.

Todo es verde y azul: la paz del cielo,
la dulzura fragante del ramaje
y la corriente clara y silenciosa...

Sólo una garza, al desplegar su vuelo,
sobre lo azul y verde del paisaje
traza una leve pincelada rosa.

V

EL CAIMÁN

EN la paz celestial de las alturas,
cual velos de quiméricas huries,
nubes blancas, doradas, carmesies,
despliegan sus eternas vestiduras.

Garzas de epitalámicas blancuras,
guacamallos, zanzontles, colibríes,
enjoyan la floresta de rubíes,
topacios, perlas y amatistas puras.

En la ilusión de la corriente brilla
un zafiro de mística pureza...
Cruzan nubes moradas, rojas, gualdas...

Y en la arena de oro de la orilla,
al sol, la incuria de un caimán bosteza
resplandores de vivas esmeraldas.

VI

LOS JAGUARES

LA selva, impenetrable como el granito,
en un órgano inmenso, donde resuenan
con los sordos rumores de una colmena
los mil ecos dispersos de lo Infinito.

A veces, en las sombras, revuela un grito,
igual que el alarido de un alma en pena,
y de raudos chispazos de luz se llena
como el sulfúreo paso de un aerolito.

La noche de clamores se va poblando
cual un monstruo invisible, que resollando
de una legión de hienas sigue la huella;

y en las foscas tinieblas de los manglares
fosforece el misterio de las estrellas
en los ojos enormes de los jaguares.

VII

LOS VENADOS

EN silencio descende de los caobales
que coronan las cumbres de las montañas;
se enreda en las lianas de las cabañas
y se duerme en las luces de los juncuales.

Hilan en el silencio de los bejucuales
las redes irrompibles de las marañas,
y se eleva orgulloso sobre sus cañas
el indico penacho de los milpales.

Mas de pronto atraviesa por los sembrados
y los bosques silentes, igual que una
tempestad que su paso todo lo mata,

el galope salvaje de los venados,
en cuyas cornamentas deja la luna
jirones luminosos de oro y de plata.

LAS CIUDADES DE MÉXICO

MÉRIDA

CIUDAD fragante, que un vago aroma
de ensueño exhalas,
blanca y suave, como las alas
de una paloma;

tan luminosa, tan deslumbrante
como una aurora de Primavera
sobre un sonoro mar de diamante,
y tan altiva, bizarra y fiera

como las torres y los leones
que, como timbres de eterna gloria,
sobre el orgullo de sus blasones
españolizan su ejecutoria...

Alegre puerto de la esperanza,
cristal que todo dolor zafira...
Tu nombre tiene ritmos de danza
y melodiosos sonos de lira...

Para el cansancio del peregrino
que al azar vaga, sin rumbo cierto,
te abres, en medio de su camino,
como un oasis en un desierto...

Tu cielo dice: —La pena olvida
bajo el hechizo que me embalsama.
Tus aves trinan: —¡Canta la vida!
y tus rosales suspiran: —¡Amal

Y el peregrino, maravillado,
a un amor nuevo su canto ofrenda,
y a Dios bendice, porque le ha dado
tan bello oasis para su tienda...

En los edenes de tu llanura,
con llamarada de incendio brilla
la egregia pompa de tu hermosura,
como una rosa de maravilla.

Bordan de perlas y de esmeraldas
soles y lunas tu blanco vesto,
y el claro cielo por tus espaldas
tiende su regio manto celeste.

Y para adorno del atavío
con que decoras tu cabellera,
cales de llamas te da el Estío
y velos de oro la Primavera...

Son dos pichones tus senos, presos
en transparente red de zafiros...
Tus aves trinan como suspiros,
y hasta tus brisas saben a besos...

¡Ciudad de ensueño, ciudad de encanto;
rosa de fuego que en luz te ofrendas,
y tan antigua por tus leyendas
y tan moderna por tu adelanto!...

¡Nada tus claros timbres empaña,
leal y noble, pródiga y justa,
como tu Madre, la más augusta
de las ciudades viejas de España!...

¡Como ella tienes pardas callejas,
viejos palacios y sacras ruinas,
en donde anidan las golondrinas
de los romances y las consejas!...

¡Como ella tienes rejas labradas,
puertas ornadas de lambrequines,
que hablan de citas, de bandolinas,
de dulces besos y cuchilladas!...

¡Viejos conventos y campanarios,
por cuyos muros de toscas piedras
eternamente tienden las hiedras
las podredumbres de sus sudarios,

que, con los dobles de sus campanas
tristes, recuerdan al pensamiento
que serán polvo, ceniza y viento
todas las necias pompas humanas!...

¡En tus anales hay tradiciones
y en tus escombros quedan reflejos
del heroísmo de tus Cocones
y de las glorias de tus Montejos!...

¡Esos dos nombres te enorgullecen,
pues por las venas
que vigorizan y que ennoblecen
a tus patricias carnes morenas,

dándote a un tiempo luz y energía,
corre, a torrentes, la sangre maya,
y en surtidores de sol estalla
la roja sangre de Andalucía!...

¡Ciudad moderna, que una harmoniosa
colmena de áureo panal semeja;
fastuosa como la mariposa
y laboriosa como la abeja!...

¡Ciudad de ahora, que resucitas
en tus calzadas y en tus paseos
los festivos y cabrilleos
de las ciudades cosmopolitas,

mientras revuelan tus zopilotes,
y rememoran antiguas zámbras
hadas, gnomos, en las alhambras
de agua y perfume de tus conotes;

y las veletas, que en la indolente
tarde a la brisa giran ligeras,
te dan la gracia de esas palmeras
que ornan los blancos puertos de Oriente!...

¡Trabajadora como ninguna,
tu patrimonio cuidas de día
y ociosa cantas, bajo la Luna;
y en los espasmos de tu alegría

tu luminoso mirar se pierde,
en resplandores, como una llama
por la llanura, donde derrama
sus cornucopias el oro verde!...

¡Ciudad de ensueño!... Junto a una fuente
de sortilegios, como las reinas
de un fabuloso cuento de Oriente,
con luz de luna tus rizos peinas,

mientras tu regio perfil destacas
entre azucenas y entre azahares,
en la molicie de tus hamacas,
abanicada por tus palmares!

¡Vela la noche tus alabastros,
y al contemplarte, muertos de celos,
ilantos de plata desde los cielos,
sobre tus ojos, lloran los astros!...

¡Cuando en las noches de Vaquería,
en el misterio de tus jardines,
como las guitarras de Andalucía
rimas la gracia de tus chapines

y la arrogancia de tus caderas,
hasta los cielos pierden su aplomo
y palidecen, mirando cómo
deshojas todas tus primaveras

y las fragancias de tus abriles,
como divinas rosas tempranas,
bajo la nieve de tus hipiles,
en los vaivenes de tus jaramas!...

¡Y para verte se hace sonoro
el terciopelo de los capullos,
y lanzan vivas chispas de oro
las esmeraldas de los cocuyos;

pues con fulgores te divinizas
y con destellos de sol te enjoyas
en las pupilas de tus mestizas
y en las miradas de tus criollas!...

¡Adiós, oasis de encanto, donde
entre palmeras y entre claveles,
la dicha toda su luz esconde
y el amor guarda todas sus mieles;

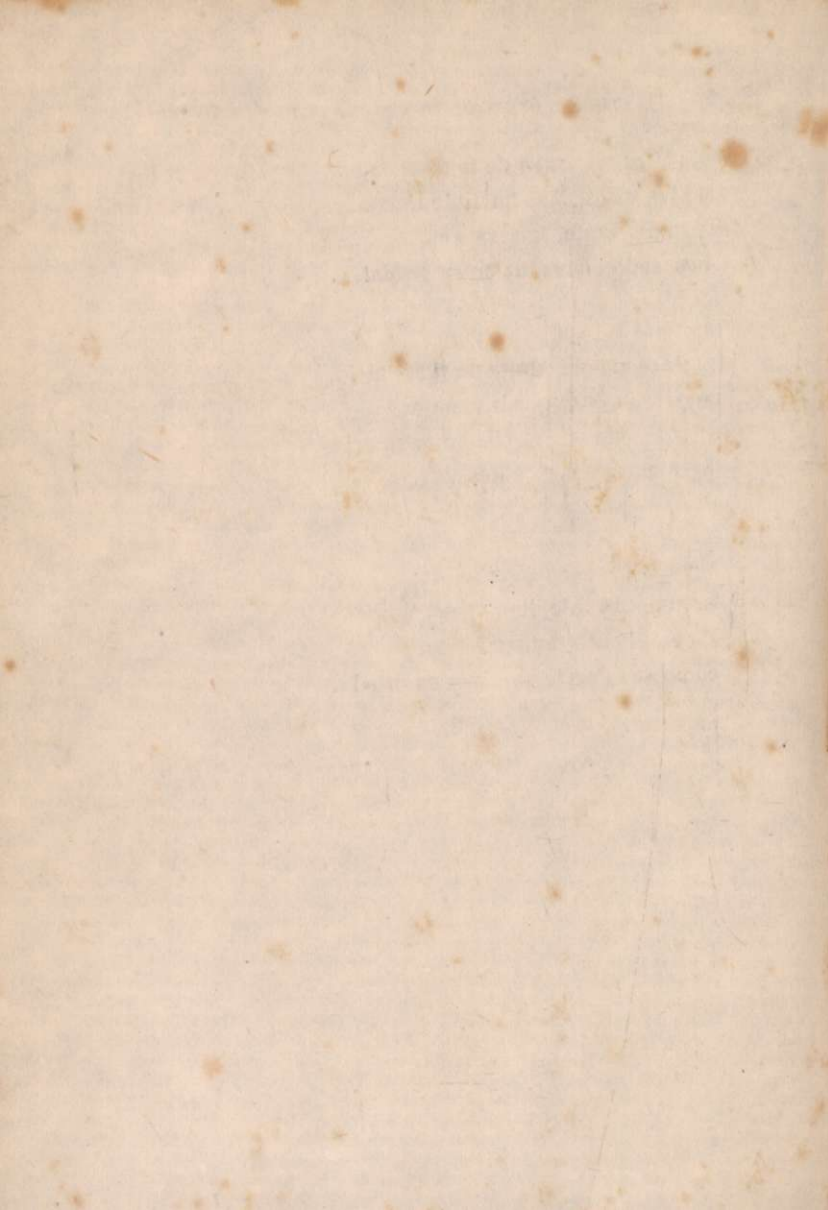
donde he vertido, a manos llenas,
como en las sedas de un relicario,
todo el tesoro de viejas penas
que transportaba mi dromedario;

y he deshojado, viendo que avanza
en su sudario gris el olvido,
la última rosa de mi esperanza
sobre un ensueño desvanecido!...

¡Al primer rayo de la mañana,
de tus verjeles su humilde tienda
alzaré errante, la caravana,
buscando nueva luz en su senda!...

¡Mas aunque ahora de ti me alejo,
algo muy puro queda contigo,
porque en recuerdo de amor te dejo,
para que amante le des abrigo

y cicatrices su sien herida;
lo que más vale de mi tesoro...
En este canto, toda mi vida,
como «una perla montada en oro»!...



CAMPECHE

I

COMO los puertos de mi Andalucía
tienes un cielo azul, claro y sereno,
y un mar espejeante, en cuyo seno
todo adquiere esplendor de pedrería.

Te perfuman de amor y de poesía
lindas mujeres de perfil heleno,
de talle de palmera, rostro moreno
y ojos que una sultana envidiaría.

Abanican tus sueños de pereza
los bosques que te dan sombra y riqueza.
De tus montes, izados en las faldas

sus troncos yerguen y sus ramas hilan,
cual bárbaros esclavos que vigilan
esgrimiendo sus lanzas de esmeraldas...

II

CIUDAD colonial, cuyo arrogante
perfil de favorita circasiana
reclama el almaizal de seda grana
y la blanca pureza del turbante...

Ciudad colonial, de alma fragante,
luminosa y azul cual la mañana,
de cálida molición de sultana
y corazón heroico de diamante...

¡Ciudad colonial, puerto divino!...
No hay mayor maravilla en este mundo,
que ver morir tu atardecer marino,

en un relampagueo de sortijas,
en el fondo abismático y profundo
de las negras pupilas de tus hijas...

III

Tus regias pompas en el mar retratas,
mostrando en tus altivos torreones
jaramagos de antiguas tradiciones
y rojas cicatrices de piratas.

Cuando en la noche tu cendal desatas,
tu seno enjayan las constelaciones
y sollozan tus lánguidas canciones
las olas con sus dulces serenatas...

Y con sus muros rotos y amarillos,
la heroica vetustez de tus castillos,
que la hiedra ennoblece y enmaraña,

aún parece que espera todavía,
sondeando la celeste lejanía,
el arribar del galeón de España...

SAN JUAN DE TEOTIHUACÁN

I

LAS PIRÁMIDES

MONTAÑAS de nostálgicos perfiles
esfuman en la vaga lejanía
sus lomos de cetáceo, y la osadía
de sus gestos adustos y viriles.

Campos de estuación; tierras febriles,
que en exiguos remansos de poesía
miniaturizan la ilusión del día
en el tenue verdor de sus pensiles.

La Luna, sobre el pasmo del granito
y el mezquino verdor, piadosa nieve
la mística blancura de sus clámides.

Y, como interrogando al Infinito,
Teotihuacan, en el silencio, eleva
la mole triangular de sus pirámides...

II

LAS PIEDRAS ORAN

¿QUÉ raza celestial humanizada,
plasmó esta aspiración en piedra ruda,
amplia en la base y al final aguda,
cual la bárbara punta de una espada,

que eleva hasta la bóveda azulada,
terca y audaz, su eternidad desnuda,
y que en la paz de llanura muda
es como una oración petrificada?...

¿Es sepulcro de un Dios, pastor de estrellas,
o de un rey, conductor de megatorios,
padre del Sol y hermano de la Aurora?...

El tiempo en tu interior no dejó huellas,
y en la urna sepulcral de tus misterios
la piedras rezan y el silencio llora.

III

SALUDO AL SOL

Se incendia la confusa lejanía
en una claridad anaranjada
que el fresco resplandor de la alborada
de ópalo exorna y de topacio estría...

Da al caracol salvaje su armonía,
y al pie de la Pirámide, postrada
la multitud, espera emocionada
la milagrosa aparición del día...

Y en la cima, entre el humo y los sahumeros
del copal que perfuma los misterios,
un sacerdote de albas vestiduras

inmola al sol, que en Oriente asoma,
con el milagro de sus manos puras
la pureza nupcial de una paloma.

IV

LA CIUDAD MUERTA

¡CÓMO en la gloria de los tiempos brillas!...
Amplias calzadas; templos y palacios
que custodian serpientes de topacios
y áureos monstruos de rojas pesadillas.

Jardines que cual blancas canastillas
perfuman de frescura los espacios,
epílogos de amor y al par prefacios
de otros amores y otras maravillas...

Sueño de nieve que la aurora azula
en místicos escorzos pensativos...

Eso fué la ciudad, rival de Tula,

de pétreos muros y bronceínas puertas...

Y hoy es sólo un montón de escombros vivos
bajo un desmoronar de piedras muertas.

GUADALAJARA

GUADALAJARA!... ¡Guadalajara!...
¡La ciudad clara
que resplandece como un tesoro
en los cristales de una laguna!...
¡Bajo el Sol, eres de nieve y oro
de azul y plata bajo la Luna! . .

Centelleante de regias joyas,
bajo la augusta luz meridiana,
suelto a las brisas tu blanco velo,
en tus jardines la sien apoyas,
con la indolencia de una sultana
sobre alcatifas de terciopelo...

De noche, labran tus alabastros
áureas alhambras de pedrería,
mientras te arrulla la Primavera,
y el claro cielo, bordado en astros,
tiende la alegre policromía
de su lujosa capa torera...

Se enorgullece tu patriotismo
con la epopeya de tu heroísmo,
y por tus timbres tan legendarios
y las hazañas que hay en tu historia,
sobre tus torres, los campanarios
eternamente tocan a gloria...

¡Guadalajara!... ¡Guadalajara!...
La ciudad clara,
de ojos de fuego, de tez morena,
al mismo tiempo dulce y bravía,
medio cristiana, medio agarena,
cual las ciudades de Andalucía...

En los arranques de tu alborozo,
bajo las sedas de tu rebozo
tu aristocracia de reina velas,
tan mexicana, tan española,
alegre como las castañuelas
entre los dedos de una manola!...

Los negros rizos que ornan tus sienes
y las tinieblas de tu mirada
piden la gracia de la mantilla,
pues al par tienes
labios de fuego, como Granada,
y ojos de sombras, como Sevilla.

Amas el fausto, la luz, los oros,
y las paganas fiestas de toros
y la andaluza reja florida...
Para ser una garrida maja,
sólo te falta llevar prendida
entre las ligas una navaja...

Bajo los rayos plenilunares,
en los boscajes y en los laureles
de tus jardines,
perfuma el alma de tus cantares,
entre la llama de tus claveles
y entre la nieve de tus jazmines!...

Cantares como gemir de aves,
como las risas de las fontanas
espumeantes entre las peñas,
que nos evocan, dulces y graves,
las languideces de las murcianas
y las quejumbres de las rondeñas!...

Patios de mármol, de luz y flores,
donde desgranan los surtidores
regios collares de pedrería;
las filigranas de las cancelas,
los arabescos de las vihuelas,
como en los patios de Andalucía.

¡Guadalajara!... ¡Guadalajara!...
La ciudad clara
de amor y ensueño!... ¡Cómo no quieres
que a tu presencia caiga de hinojos,
si el Sol de España ciega en los ojos
alucinantes de tus mujeres!...

Mujeres, nobles como princesas,
que en sus donaires de golondrinas
y en sus siluetas de porcelanas
muestran perfiles de cordobesas,
ojos y manos de granadinas
y pies y labios de gaditanas!...

¡Cómo olvidarte, si tus callejas
me hablan de aquellas ciudades viejas,
con ventanales llenos de flores,
donde en las noches de azul y plata
con su divino manto de amores
perla el silencio la serenata!...

¡Si en tus verjeles, cautivo moro
como en aquellos que el Darro baña
con sus fragantes aguas de oro...!
¡Si en todo, en todo, te siento mía,
pues en ti todo me evoca España,
y aún más que España, mi Andalucía!...

¡Guadalajara!... ¡Guadalajara!...
¡La ciudad clara!..
¡Oh, si la rueda de mi destino,
por un instante parar pudiera!..
Entre las flores de tu pradera
vieras mi tienda de peregrino!...

Mi tienda alzarla, para ofrecerte
—hasta que ahogase mi voz la muerte—
en mis sonetos y en mis rondeles,
todas las flores de mis rosales,
todas las mieles de mis panales,
y todo el vino de mis toneles...

Entonces fuera, con mi bizarro
y caprichoso traje de charro
—calzón de áureas botonaduras,
rico zarape y amplio sombrero—
firme en la silla sobre mi overo,
por la caligie de tus llanuras..

En un galope, desenfrenado,
—pupila atenta, bridal alzado
y ágil la mano como el deseo—,
con mis reatas, a lazar reses,
en los peligros y en los reveses
regocijantes del jaripeo...

Y por las noches, bajo las bellas
zambros de luces de las estrellas,
coquetamente, mi tapatía,
de las guitarras al son suave,
mis rojos besos esquivaría
en las mudanzas de tu jarabe.

Mostrando a un tiempo, para incitarme
y ente sus redes aprisionarme,
bajo la sombra frágil y alada
de su cabello suelto a la brisa,
la puñalada de su mirada
y el navajazo de su sonrisa...

Y acrecentando mi calentura,
hasta prenderme vivas hogueras
en lo más hondo de las entrañas,
con los vaivenes de su cintura,
los simulacros de sus caderas
y los temblores de sus pestañas.

¡Visión, que eres en mi camino,
un espejismo conquie el Destino
mi angustia engaña!... Mujer morena,
de ojos sombríos
como mi pena,
—¡ojos que nunca podrán ser míos!—

Y labios rojos como claveles,
en cuyas mieles
jamás mi enjambre libara besos:
¡clavado llevas, como una lanza,
este cariño sin esperanza,
¡hasta en los huesos!..., ¡hasta en los huesos!.

Y sin quejarte ni enrojecerte,
besas la mano que te da muerte,
y tus heridas unges con flores,
pues cual las novias de Andalucía
sabe, si ama, morir de amores
en un suspiro, la tapatía!...

¡Guadalajara!... ¡Bendita seas,
por los claveles con que decoras
tus azoteas;
por los rosales con que engalanas
las maravillas de tus auroras
y el paraíso de tus ventanas.

Por las joyantes policromías
de tus ocasos y de tus días;
por las estrellas y por las lunas
que con el iris de tantas gemas
bordan la gloria de sus poemas
en tus fragantes noches morunas.

Por el estruendo de tus campanas,
por tus divinas danzas paganas,
en cuyos ritmos y balanceos
celebran bodas,
al esculpirse, temblando, todas
las tentaciones de los deseos.

Por las pupilas de tus mujeres
donde el Sol mismo su luz renueva,
porque ninguna nube te empaña,
y porque eres
de las ciudades de España Nueva
quien más recuerda mi Vieja España!...

SAN LUIS DE POTOSÍ

¡BLANCA ciudad, alegre y cristalina,
de alma de nardo y corazón de rosa,
donde el errante trovador reposa,
como una fatigada golondrina

junto a un naranjo en flor. Una divina
aurora de ilusión tu sién radiosa
corona de esplendor y una gloriosa
primavera de ensueños te ilumina!

¡Todo en tu cielo de zafir se exalta;
todo en tu encanto de jardín se aquieta;
para ser andaluza, sólo falta

a tu regia y eterna maravilla,
que te dé la Giralda su peineta
y te preste la Alhambra su mantilla

DON BENITO JUAREZ

Para Dimas Carabias.

¡Ojos de profeta, frente de osadía,
corazón de águila y alma de león,
contra las banderas de la tiranía
alzo el estandarte de la rebelión!...

¡Como el Nazareno, también tuvo un día
en el Paso un nuevo Jueves de Pasión,
mas le dió Querétaro, la ciudad bravia
su sacro Domingo de Resurrección!

¡Y hoy, sobre los montes y sobre los mares
eleva la austera figura de Juárez
el sonoro bronce de su eternidad,

mostrando al heroico pueblo mexicano
la Justicia, símbolo de fe, en una mano,
y en la otra la enseña de la Libertad!...

INDICE

Páginas

PANDERETAS SEVILLANAS.

Alma sevillana.....	9
La ciudad de oro: I.—Las guitarras.....	11
— II.—Torre del oro.	13
— III.—La Giralda.....	15
— IV.—Wuad-el-Kebir.....	17
— V.—San Telmo.....	19
— VI.—Triana.....	21
— VII.—Las Delicias.....	23
Semana Santa: I.—La saeta	25
— II.—La Soledad	27
— III.—El Cristo del Montañés... ..	29
— IV.—El Cachorro	31
— V.—La Virgen de la Servilleta..	33
Alma popular: I.—La petenera.....	35
— II.—El Velorio	37
— III.—La Herrería.	39
— IV.—Pastora Imperio.	41
— V.—El patio sevillano	43
— VI.—Carmen, la Cigarrera.....	45
Ferias: I.—La Manzanilla.....	47
— II.—Las Casetas.....	49
— III.—La Venta Eritaña..	51
— IV.—La reja	53
— V.—Las cigarreras	55
— VI.—Tablada.....	57

La fiesta Nacional: I.—La cuadrilla.....	59
— II.—El Espartero.....	61
— III.—Reverte.....	63
— IV.—Rafael El Gallo.....	65
— V.—La estocada de la tarde..	67
— VI.—Un par de Joselito.....	69
— VII.—Una verónica de Belmonte	71
El Alcázar: I.—Almotamid.....	73
— II.—Un capricho de la Sultana....	75
— III.—El rey sabio.....	77
— IV.—Don Pedro el Justiciero.....	79
Las leyendas de oro: I.—Las columnas de Hércules.....	81
— II.—San Isidoro.....	83
— III.—San Fernando.....	85
— IV.—La calle del candilejo..	87
— V.—El burlador de Sevilla..	89
Medallones: I.—Valdés Leal.....	91
— II.—Gustavo Adolfo Becquer.....	93
— III.—Susillo.....	95
— IV.—Alfredo Blanco.....	97
En la ribera: I.—En el río.....	99
— II.—Los azahares.....	101
— III.—Las naranjas.....	103
— IV.—El amor pasa.....	105
Típicas: I.—El pregón de la siesta.....	107
— II.—La procesión del rocío.....	109
— III.—La cantadora.....	111
— IV.—La riada.....	113

TIERRA DE ENCANTO Y MARAVILLA.

Brindis.....	119
Tardes de Xochimilco.....	121
Nocturnos urbanos.....	151
— V.—El caballito.....	159
Alma azteca: I.—El indio.....	161
— II.—La sombra heroica.....	163
— III.—La voz de Cuauhtemoc.....	165
— IV.—El Desierto.....	167

Alma azteca: V.—La Estación.....	169
— VI.—El tambor de los yanquis...	171
— VII.—La soldadesca.....	173
— VIII.—El Charro.....	175
— IX.—A una mexicana.....	177
Tierra caliente: I.—La Jarana.....	179
— II.—Los Cenotes.....	181
— III.—La hamaca.....	183
— IV.—La garza.....	185
— V.—El caimán.....	186
— VI.—Los jaguares.....	189
— VII.—Los venados.....	191
Las ciudades de México: Mérida.....	193
Campeche.....	203
San Juan de Teotihuacan: I.—Las pirámides...	209
— II.—Las piedras gran.	211
— III.—Saludo al Sol...	213
— IV.—La ciudad muerta	215
Guadalajara.....	217
San Luis de Potosí.....	225
Don Benito Juárez.....	227



BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES
(EXTRANJEROS)

Últimos tomos publicados

- XXXVII.—SAINTÉ-BEUVE: *Grandes testigos de la revolución francesa.*
Versión de María Enriqueta. (Obra inédita en castellano.)
- XXXVIII.—LUCIANO DE SAMOSATA: *El parásito, El Eunuco, Los amores y otros diálogos.*
Versión y prólogo de R. Cansinos Assens. (Obra inédita en castellano).—Precio: 3,80.
- XXXIX.—ENRIQUE FEDERICO AMIEL: *Diario íntimo.*
Segundo tomo.
Traducción del texto definitivo de María Enriqueta. (Obra inédita en castellano).—Precio: 5,15 pesetas.
- XL.—JORGE RODENBACH: *La ciudad de las aguas muertas.*
Novela.—Versión castellana de R. Cansinos Assens.—Precio: 3,50 pesetas.
- XLI.—HIPÓLITO TAINÉ: *Del Ideal en el Arte.* (Estudios de Estética.)
Versión castellana de R. Cansinos Assens.—Obra inédita en castellano.—Precio: 3,35.
- XLII.—MAURICIO MAETERLINCK: *El Pájaro Azul.*
(Segunda edición).—Versión castellana de R. Brénes Mesen.—Precio: 3,60 pesetas.
- XLIII.—ISRAEL ZANWILL, CHALOM ASCH, ISAAC L. PERETZ Y LEÓN KOBRIN.—*Cuentos Judíos Contemporáneos.*
Con un estudio preliminar por R. Cansinos-Assens. (Obra inédita en castellano).—Precio: 5,15 pesetas.
- XLIV.—ALFONSO DE LAMARTINE.—*Balzac, su vida y su obra*
Versión castellana de R. Cansinos-Assens.—Precio: 4,45.
- XLV, XLVI y XLVII.—STENDHAL: *Roma, Nápoles, Florencia.*
Obra inédita en castellano.—Versión de Pedro Emilio Coll y R. Cansinos-Assens.—Precio: Primer tomo, 3,35.